

¿En qué, por qué y para qué somos diferentes varones y mujeres? Subversión de la diferencia sexual

Elvira Burgos Díaz. Universidad de Zaragoza

Dentro del controvertido y rico panorama de la teoría feminista de nuestros días, considero especialmente interesantes y fructíferas las aportaciones de la filósofa feminista estadounidense Judith Butler, quien está llegando a adquirir un reconocimiento internacional de dimensiones sobresalientes en tanto que sus lúcidas reflexiones abren caminos y perspectivas de análisis que inciden plenamente en las preocupaciones y demandas de la sociedad más contemporánea. A las tesis fundamentales de esta autora me referiré en gran medida para intentar dar cuenta de la problematicidad inscrita en las preguntas, más que con afán de responderlas en sentido estricto, que son objeto del presente debate.

La cuestión “¿en qué somos diferentes las mujeres y los hombres?” requiere ante todo y en primer lugar revisar el más habitual presupuesto de que hay diferencias esenciales entre unas y otros. Incluso, además, esta cuestión exige poner el acento en que las mismas categorías de mujer y hombre son susceptibles de ser duramente debatidas y disputadas, y así lo están siendo por buena parte del feminismo postestructuralista y por la llamada “teoría *queer*”. No sólo es que se duda críticamente del carácter, el sentido, la finalidad, la utilidad interesada de la tesis que proclama con energía y rigidez la existencia de diferencias ontológicas incommovibles entre los sexos de las que se hace depender el conjunto entero del valor de la persona, sino que, como decimos, cabe insistir en que las categorías mismas de mujer, hombre, femineidad, masculinidad, son intrínsecamente problemáticas y en esa medida deben ser sometidas a crítica y a revisión constante.

Porque, ¿qué es ser mujer, o ser hombre? Antes de pronunciarnos sobre su igualdad o diferencia es imprescindible saber de qué estamos hablando, a qué nos referimos cuando usamos esos términos, ésta es la pregunta que nos debe ocupar. Aunque pueda parecer obvia la respuesta, sobresale un disenso, un desacuerdo importante al respecto, incluso dentro de la misma teoría feminista ocupada primordialmente en una tarea de lucha contra el sexismo y la discriminación, una teoría que trabaja por la transformación de las relaciones opresivas entre los sexos o los géneros. Así, para feminismos de la diferencia, pongamos por caso, las mujeres son definidas en especial por su capacidad maternal, su capacidad para dar vida y para cuidar la vida. Feminismos igualitarios e ilustrados dirían que las mujeres son seres racionales, pensantes, sujetos autónomos con derechos idénticos a los establecidos para los hombres, personas para las que la maternidad no es más que una posibilidad vital entre otras, sin llegar a adquirir un valor especial o definitorio, ya que si el hombre, según afirman las primeras, es un ser para la muerte y la destrucción, la mujer tiene igualmente derecho y capacidad para ejercer estas acciones¹. Pero, cabe también, desde la óptica de Butler, pensar que muje-

¹ Cfr. A. Valcárcel. “El derecho al mal”. *Sexo y filosofía. Sobre “mujer” y “poder”*, Barcelona: Anthropos, 1994, pp. 153-66.

res son ciertos individuos que se reconocen, aunque de modo siempre problemático y provisional, bajo esa categoría que les sirve de instrumento para adquirir una inteligibilidad personal y social y desde la cual pueden trabajar por la ampliación y por la flexibilidad de la misma categoría con el fin de posibilitar la vida en libertad para un mayor número de personas. Las palabras, los términos, nos cobijan y nos dan existencia, presencia y significado. El nombre dado al nacer es muestra de ello. Sin embargo, también oprime y constriñe.

Habrá que usar los términos, mas sin dejar de problematizarlos con insistencia. Butler nos trae a escena cómo lesbianas, algunas al menos, sin dejar de autodenominarse mujeres no logran cómodo acomodo bajo una categoría definida tradicionalmente por su relación de dependencia, deseo y atracción, hacia los hombres. Categoría usada, entonces, mayoritariamente en una dimensión donde la heterosexualidad es el significado privilegiado. Transgéneros, transexuales, *drag queen*, *drag king*, intersexo, son ejemplos también evidentes de sujetos sometidos a la fuerza violenta del término “mujer” cuando éste se instrumentaliza en una estrecha, reducida y fundamentalista dirección que concluye incluso por expulsar a tales individuos de la definición aceptada acriticamente de lo humano. ¿Cuál es la razón, si no es el fundamentalismo de la definición y su consiguiente finalidad de sometimiento y control, que explica el que transgéneros -de hombres a mujeres-, por ejemplo, no sean aceptados como mujeres ni se les permita legalmente, o bajo instancias religiosas y morales, como tampoco a las parejas homosexuales, ejercer funciones maternas mediante la adopción de niñas o niños? “Mujer”, “hombre”, como categorías, deben ser revisadas al tiempo que se hace necesario introducir como signos inteligibles de reconocimiento de individuos sujetos de derechos términos como los apuntados, “transgénero”, “transexual”, que en efecto son usados ya, por parte de individuos y de colectivos, como categorías de identidad posibilitadoras de vida.

En el sexo, en la asignación de sexo que se nos otorga al nacer, se dice comúnmente, reside el hecho de ser mujer. A partir de ahí, sobre ese dato que se dice natural, neutro y objetivo, la cultura y la sociedad organizan las cualidades, los comportamientos, los roles apropiados, el género; género femenino en coherencia con el sexo mujer y género masculino para el sexo hombre. Aceptando esto, admitiríamos que habría unas diferencias por naturaleza y otras diferencias que serían sociales y culturales y que se fundamentarían en mayor o menor medida en las primeras. Feminismos de la segunda ola, Simone de Beauvoir entre otras, no habrían discutido la idea de sexo natural, situando el peso de sus reivindicaciones en los significados sociales y culturales, en el género. Butler abre, inaugura nuevas líneas de intelección feminista. Ella, como también Michel Foucault y Monique Wittig² y más tarde autoras como la bióloga Donna Haraway³, cuestiona directamente la naturalidad del sexo. Butler recoge reiteradamente en su obra el ya famoso texto, dentro de este contexto de crítica a la naturalidad del sexo, de la *Historia de la sexualidad* de Foucault: “la noción de ‘sexo’ permitió agrupar en una unidad artificial elementos anatómicos, funciones biológicas, conductas, sensaciones, placeres, y permitió el funcionamiento como principio causal de esa misma unidad ficticia; como principio causal, pero también como sentido omnipresen-

² Cfr. M. Wittig, “One is Not Born a Woman”. *Feminist Issues* 1/2 (1981).

³ Cfr. D. J. Haraway. *Ciencia, cyborgs y mujeres*. Madrid: Cátedra-Universitat de Valencia-Instituto de la Mujer, 1995.

te, secreto a descubrir en todas partes: el sexo, pues, pudo funcionar como significante único y como significado universal⁷⁴.

Bajo el término “sexo”, entonces quedan englobados, y equívocamente, una disparidad de elementos, algunos de los cuales, como las conductas, no pueden hallar una inmediata fundamentación en los caracteres anatómicos, físicos y biológicos de las personas sino que son debidos a las imposiciones de la cultura dominante. Esa noción es así un constructo cultural, una ficción, que para lograr el poder, para conseguir acatamiento, se nos presenta engañosamente como dotada del valor de lo natural incuestionable, de lo que es en sí, anterior a toda otra determinación y mediación cultural. Butler, yendo aún más allá que Foucault, considera que la categoría de sexo es un medio privilegiado para el trabajo del poder, un instrumento con el que el poder nombra como natural aquello que, antes bien, está conformado y diseñado a través del mecanismo de su actuación. No sólo las conductas o los comportamientos, también las experiencias, los deseos, los placeres, las prácticas sexuales, aquello que pudiera parecer nuestro ser más íntimo y auténtico, está modulado, inducido por la cultura. No obstante, ello no significa que Butler no reconozca que se perciben diferencias entre los sexos, como se aprecian diferencias entre las mismas mujeres y entre los mismos hombres. Lo que pretende es subrayar cómo la percepción, lo que decimos que percibimos, no es tampoco algo que irrumpe de modo inmediato sino que está conformada, adiestrada por la cultura, de modo similar a como educamos el oído para captar ciertos sonidos importantes en nuestro entorno social. El valor, la importancia y significado que atribuimos a determinadas y concretas diferencias entre los sexos y que conlleva que algo sea fijado, retenido, como diferencia clave, definitoria, es un asunto sociocultural. ¿Por qué no, de lo contrario, clasificamos a los individuos en función de sus diferentes tamaños y formas de sus lóbulos de las orejas, o de sus bocas, por ejemplo y como dijera Monique Wittig?

Son los rasgos físicos, los órganos, destinados a la reproducción los que se nombran como sexuales y los usados para distribuir a las personas en dos grupos separados. La diferencia entre los sexos, a este nivel, la que resulta de la aplicación de esta “unidad ficticia” que es el término “sexo”, se nos revela con claridad, según lo dicho, como una tesis problemática. La categoría sexo, entendida como constructo cultural, muestra que no es algo distinto de aquella categoría con la que remitimos al trabajo de lo cultural, la categoría género. Revisando incisivamente la distinción feminista entre sexo y género, y sus implicaciones, Butler afirma que el sexo no es más que género.

¿Podemos referirnos a un sexo “dado” o a un género “dado” sin investigar primero cómo se dan uno y otro y a través de qué medios? ¿Y qué es el “sexo” a fin de cuentas? ¿Es natural, anatómico, cromosómico u hormonal, y cómo puede una crítica feminista valorar los discursos científicos que pretenden establecer tales “hechos”? ¿Tiene el sexo una historia? ¿Posee cada sexo una historia diferente, o varias historias? ¿Hay una historia de cómo se estableció la dualidad del sexo, una genealogía que presente las opciones binarias como una construcción variable? ¿Acaso los hechos supuestamente naturales del sexo se producen discursivamente por medio de diversos discursos científicos al servicio de otros intereses políticos y sociales? Si se impugna el carácter inmutable del sexo, quizá esta construcción llamada “sexo” esté tan cultural-

⁷⁴ M. Foucault. *Historia de la sexualidad. I. La voluntad de saber*. Madrid. Siglo XXI, 1992. p. 187.

mente construida como el género; de hecho, tal vez siempre fue género, con la consecuencia de que la distinción entre sexo y género no existe como tal⁵.

Como una muestra de hasta qué punto la investigación científica que busca determinar firmemente el dato que certifica la esencia natural del sexo está contaminada con prejuicios y presupuestos culturales acríticamente asumidos, Butler alude a un estudio realizado por David Page y sus colaboradores en el campo de la biología celular y que se dio a conocer en 1987. La crítica feminista, en el campo de la biología y en el de la historia de la ciencia, ha evidenciado reiteradamente los intereses políticos y sociales que esconden los procedimientos científicos empeñados en sentar las bases científicas del sexo. En el caso concreto del estudio de David Page, la bióloga feminista Anne Fausto-Sterling llevó a cabo una dura y perspicaz crítica de la investigación que es recogida por Butler. Bajo la óptica de que el sexo debe ser unívoco, de que toda persona tiene un sexo y sólo uno, Page dice haber encontrado el “*master gene*”⁶ que es la causa determinante del sexo, del dimorfismo sexual. Se trata de una secuencia concreta del ADN en el cromosoma Y. Para la realización de la investigación, lo primero que llama la atención, resalta Butler, es que las muestras que se tomaron pertenecían a personas nada comunes. Algunas tenían cromosomas XX pero habían sido consideradas como hombres y otras con cromosomas XY eran médicamente designadas como mujeres. Page concluyó de su análisis que alguna parte del ADN, no fácilmente detectable, es la responsable del sexo masculino y que puede desplazarse de su normal localización en el cromosoma Y.

Page basó sus conclusiones no sólo en los casos observados, también en los datos estadísticos de que un diez por ciento de los individuos poseen variaciones cromosómicas en relación con las categorías establecidas de XX y XY. Entonces, ese “gen maestro” de Page ofrecería un sistema más seguro para la determinación sexual que los criterios cromosómicos señalados. Pero resultó que esa supuesta parte del ADN responsable de la masculinidad, según Page, estaba presente asimismo en los cromosomas X de las mujeres. Ante ello, Page postuló que quizá se tratara de que en los hombres estaba “activa” esa secuencia de genes de la masculinidad y en las mujeres, aun existiendo, estaba “pasiva”. Se recupera así de nuevo, entonces, la tradicional y antigua idea de la pasividad femenina y de la actividad masculina. Irónicamente exclama Butler: “Aristóteles está vivo!”⁷. Y citando a Anne Fausto-Sterling⁸, Butler añade que aunque no fue especificado por Page lo cierto es que las personas analizadas eran anatómica y reproductivamente ambiguas. Los hombres carecían de producción de esperma y las mujeres de células germinales a pesar de que sus genitales externos se ajustaban a la norma. Parece claro que en unos y otras la categoría de sexo no indicaba la coherencia que la categoría pretende. Los genitales externos han sido lo decisivo para la asignación de un sexo, sin embargo si fuera suficiente este criterio no sería preciso ninguna inves-

⁵ J. Butler. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. UNAM-Paidós Mexicana. pp. 39-40.

⁶ J. Butler. *El género en disputa*. p. 138.

⁷ J. Butler. *El género en disputa*. p. 139.

⁸ Butler cita el texto de Anne Fausto-Sterling. “Life in the XY”. *Women’s Studies International Forum* 12/3 (1989), pp. 319-31. Fausto-Sterling se refiere a la investigación recogida en D. C. Page *et al.* “The Sex Determining Region of the Human Y Chromosome Encodes a Finger Protein”. *Cell* 51, pp. 1091-1104. También menciona Fausto-Sterling el siguiente estudio: E. Eicher y L. Washburn. “Genetic Control of Primary Sex Determination in Mice”. *Annual Review of Genetics* 20 (1986), pp. 327-60. Una obra más reciente de A. Fausto-Sterling, que sobre este tema se puede consultar, es la siguiente: *Sexing the Body. Gender Politics and the Construction of Sexuality*. New York: Basic Books, 2000.

tigación ulterior, tampoco la de Page del “gen maestro”. Page debería haber reflexionado sobre la pertinencia de las conceptualizaciones de mujer y hombre, sobre hasta qué punto esos términos tienen un alcance descriptivo, siendo que llama “mujer” a una persona XY y hombre a una “XX”. No debería dar por supuesto, como hizo, que esas categorías no son objeto de discusión. Además, continúa la crítica de Butler, Page adoptó, igualmente de un modo acrítico, el criterio común de que es lo masculino, y los testículos, lo que determina el sexo. No reparó en absoluto, en función del prejuicio cultural dominante, en que los ovarios pueden ser utilizados, en el mismo sentido, para la atribución de sexo.

Los supuestos incuestionados, los significados culturales, se deslizan en el lenguaje de la biología y en los objetos que pretende describir con imparcialidad. El ejemplo de la investigación de Page es así traído al texto de Butler como una vía para apuntar hacia cómo los presupuestos culturales sobre el binarismo de género inciden en la investigación biomédica sobre el sexo. En tal caso, plantea Butler, “la tarea de distinguir entre el género y el sexo se dificulta mucho”⁹. Cuando se parte de un punto de vista explícitamente desnaturalizado, como el de Butler claramente, es cuando se puede percibir el modo en que se produce la categoría de lo natural y sus efectos sobre los cuerpos sexuados. Las personas que no encajan bien dentro de las categorías naturalizadas ponen en cuestión precisamente la supuesta naturalidad de las categorías sexuales y nos hacen pensar que sería posible construir de un modo distinto las categorías. A esta reflexión nos conduce Butler. La crítica de Foucault de la categoría de sexo continúa evidenciando su pertinencia. La investigación de Page es una muestra de ello.

Por lo tanto, tras la problematización del sexo como estable lugar de las diferencias entre mujeres y hombres que nos conduce a referir las diferencias al género, al trabajo de las imposiciones culturales, reflexionemos sobre el segundo término de la pregunta que aquí nos convoca: ¿por qué somos diferentes varones y mujeres? A las mujeres y a los hombres se nos construye como individuos diferentes, no es que seamos diferentes por esencia o por naturaleza, es que se nos forma social, cultural y lingüísticamente como sujetos distintos, como pertenecientes a dos subgrupos diferenciados del concepto de lo humano. Así, *somos* diferentes, se nos *percibe* como diferentes, porque se nos *hace* diferentes. Lo que interesa en tal caso, una vez señalado este camino de análisis, es estudiar los mecanismos concretos, los medios particulares, los instrumentos de trabajo, a través de los cuales la cultura nos moldea como mujeres y como hombres.

No se es un sujeto desde el principio, según Butler, sino que, en el contexto y desde el contexto social, cultural, lingüístico en el que se nace, se somete al individuo a un proceso de llegar a ser sujeto. Este proceso de constitución de la subjetividad no se realiza sin la determinación del género (estando implicado, como se ha comentado, en la producción del género la ficción del sexo) como una de las marcas, no la única desde luego pero sí una de las fundamentales, sobre las que se organiza la identidad del sujeto. Devenimos sujetos, mas sujetos generizados, sujetos con género. Simone de Beauvoir en *El segundo sexo* legó a la teoría feminista la advertencia, que Butler aprovecha y lleva hasta sus consecuencias más radicales, de que no se nace mujer sino que se llega a serlo¹⁰. La filósofa francesa se detuvo en su obra en exponer el doloroso y

⁹ J. Butler. *El género en disputa*. p. 141.

¹⁰ S. de Beauvoir. *El segundo sexo*. Buenos Aires: Siglo XX, 1987, tomo II, p. 13.

complejo recorrido del devenir mujer, en el que interviene una densa urdimbre elaborada por la combinación de diversas instancias como son la familia, la institución del matrimonio, la escuela, los sistemas de enseñanza en general, los mitos, la literatura, las narraciones históricas, los discursos filosóficos, científicos, médicos, biológicos, psiquiátricos, psicoanalíticos, las doctrinas religiosas, los dictados legales y jurídicos, la organización social del trabajo. Todo este conjunto entrelazado convierte a la mujer en lo que ella no es desde el principio, el *segundo sexo*, un sexo definido como lo *Otro*, por su relación de dependencia con el hombre. Sin embargo, Beauvoir se mantuvo todavía, sin discutirlo, en el marco de comprensión del sujeto humanista. Ese fondo de lo humano, propuesto como punto previo de partida, anterior al ejercicio de lo sociocultural y sobre el que se levanta el edificio construido, aunque nunca del todo concluido, del llegar a ser mujer, ese fondo, sede de una libertad inalienable y auténtica del ser existente que desde ahí proyecta intencionalmente su transcendencia vital, es el lugar privilegiado por la filosofía existencialista desde el que se inicia y se sostiene la lucha emancipatoria, la cual tras derruir la espesa malla causante de la subordinación de la mujer logrará la expresión autónoma del sujeto humano denominado "mujer".

Que no en su nacimiento sino en ese proceso de devenir mujer reside el problema de la mujer es una idea que Butler retiene y extiende desarrollando su análisis, no obstante, desde una perspectiva ya no humanista sino postestructuralista, foucaultiana y derridiana, principalmente. Porque, como se decía más arriba, para Butler tampoco el sujeto nace sino que se hace y se fabrica generizado. La pregunta no es entonces en qué se sostiene ese artificio cultural que nos produce como sujetos generizados. La cuestión, lo que se ha de investigar, es el mecanismo mismo de producción porque el género, afirma Butler, no se erige sobre ninguna identidad, sobre ningún sujeto de carácter previo, que preexista al trabajo de lo cultural y que sea lo que el género expresa o bien, por el contrario, lo que el género se empeña en ocultar o en someter. El discurso de Butler defiende con fuerza una tesis que se está difundiendo con éxito, en función de sus ricas consecuencias, en el horizonte de la teoría feminista postestructuralista; esto es, la tesis de que el género es performativo, es decir, de que el género en cuanto acción performativa "constituye la identidad que se supone que es. En este sentido, el género siempre es un hacer, aunque no un hacer por parte de un sujeto que se pueda considerar preexistente a la acción"¹¹; "no hay una identidad de género detrás de las expresiones de género; esa identidad se constituye performativamente por las mismas 'expresiones' que, según se dice, son resultado de ésta"¹².

Concibiéndose la performatividad lingüística particularmente en su revisión derridiana y no de acuerdo con la letra de la formulación de los actos de habla de John Austin¹³ -donde el hablante mantiene su voluntad intencional como sostén e instancia de control de su acto lingüístico y de la eficacia del mismo-, el concepto butleriano de la performatividad del género indica que la adquisición de género no funciona según la lógica expuesta por autoras como Simone de Beauvoir, esto es, que el entramado sociocultural actúa sobre un sujeto ya de algún modo dotado de ciertos atributos. En la teoría de Butler, lo subrayado no es un acto singular y finito sino la acción misma, acción incesante, del ámbito de lo sociocultural y lingüístico que es lo ahí dado y con

¹¹ J. Butler, *El género en disputa*. p. 58.

¹² J. Butler. *El género en disputa*. P. 58.

¹³ Véase J. Austin. *Palabras y acciones*. Buenos Aires: Paidós, 1982.

anterioridad a nuestro nacimiento y que es lo que nos forma, aquello que nos otorga inteligibilidad o que nos la niega. Así, el sujeto generizado no ocupa el lugar de la causa sino el del efecto. Pero como efecto, el sujeto existe y con una densidad tal que en ello nos va la vida porque sólo como sujetos y sujetos con género existimos, al menos por el momento y en las circunstancias actuales. Hay cuerpo, hay organismo, no es que se esté diciendo que todo es ficción, una especie de nada o de mera virtualidad o lingüística abstracta. Mas “cuerpo”, “materia”, no son realidades de acceso inmediato, natural y directo. Son conceptos que tienen su historia y que muestran en su historia la variabilidad e inconstancia de sus significados. En su obra *Cuerpos que importan*¹⁴, Butler analiza con detalle cómo no podemos deslindar los discursos sobre el cuerpo de ese supuesto cuerpo natural no mediado por lo discursivo.

La acción del lenguaje no es descriptiva, es performativa¹⁵. Y funciona mediante la repetición, la citacionalidad. Derrida hablaba también de “iterabilidad”¹⁶. Este es el marco explicativo del mecanismo de devenir sujeto generizado. Esto es, nacemos y se nos asigna, con cierta arbitrariedad no exenta de abundantes problemas, un sexo; incluso antes de nacer se nos impone un sexo como la realidad verdadera de nuestro ser. A partir de ese momento se inicia esa tarea de imitar, repetir, copiar, citar gestos, comportamientos, sensaciones, deseos, placeres, prácticas sexuales, palabras, discursos, saberes, opiniones que debe ocupar el conjunto de nuestra vida. Un ideal, de feminidad, de masculinidad, culturalmente diseñado, sin origen ni autoría evidentes, y reiterado más y más en el tiempo hasta el punto en el que llega a ser asumido no como una ficción sino como una verdad, es aquello a lo que compulsivamente intentamos ajustarnos para adquirir reconocimiento y poder ocupar un lugar en el mundo. Si ser mujer o ser hombre fuese sin más un modo de ser natural, innato, las culturas no tendrían por qué derrochar energías en forzarnos a cumplir sus modelos de mujer o de hombre. Sería innecesario, obviamente, todo mensaje del tipo: ser mujer es ser madre (heterosexual, por supuesto), cariñosa, comprensiva, cuya misión principal es el cuidado de su familia, que además debe desarrollar una estética corporal armónica, femenina y que, fundamentalmente debe repudiar, rechazar, todo rasgo de masculinidad.

Sin embargo, esa tarea de cumplir con las directrices del ideal de género, de ser fieles a las normas de género, es una tarea frustrada por imposible. El modelo es irrealizable porque, como ideal que es, es demasiado rígido, estrecho, inhabitable, distante. Dice que el género es un atributo estable, siempre idéntico a lo largo de la vida y coherente, donde la coherencia es entre el sexo, el género, el deseo, la sexualidad, el comportamiento. Una mujer debe ser femenina, desear al sexo opuesto, practicar relaciones heterosexuales y comportarse siempre según las normas de la feminidad. En nuestro intento de ser mujer, decíamos, imitamos, repetimos, pero el mecanismo de la repetición se alimenta precisamente de la posibilidad del fallo. La repetición no en todos los casos es exitosa. El dinamismo de la performatividad lingüística es buena prueba de ello. Las palabras no siempre hacen aquello que dicen, sus significados y sentidos son equívocos, y son susceptibles de modificación a lo largo de su uso reiterado en contextos y direcciones no previstos por anticipado. La “iterabilidad” derridiana

¹⁴ J. Butler, *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Buenos Aires: Paidós, 2002.

¹⁵ Butler expone su tesis de la performatividad del género a lo largo de toda su obra pero uno de sus libros está particularmente dedicado al lenguaje y a la performatividad lingüística: *Excitable Speech. A Politics of the Performative*. New York: Routledge, 1997.

¹⁶ J. Derrida. “Firma, acontecimiento, contexto”. *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Cátedra, 1989. pp. 347-72.

na señala justamente cómo el lenguaje funciona a través de la citacionalidad y de la alteridad; de la citacionalidad puesto que el lenguaje de nuestros discursos no halla en nosotros, sujetos emisores de discurso y actos de habla, su origen singular, único e irrepetible sino que las palabras tienen una existencia histórica y temporal, el lenguaje nos precede y de ahí su fuerza para significar; y de la alteridad como signo de la irrupción de lo otro, lo diferente, lo no esperado. En la repetición anida el espacio para la resignificación, para la modificación y alteración del significado de las palabras. El fracaso del performativo es su propia vida, no es algo ocasional o accidental que puede ser contenido en límites precisos y que puede ser controlado, como así pretendió Austin.

Este fracaso en la repetición de las normas de género, la mera posibilidad del fracaso, provoca malestar, una cierta ansiedad de género. Queremos que nuestras palabras se entiendan de acuerdo con nuestras intenciones, nos proponemos ser percibidas como mujeres femeninas pero no tenemos asegurado el logro ni de nuestras intenciones ni de nuestros propósitos dado el modo de funcionamiento del mecanismo por el que somos construidos como sujetos hablantes y generizados, que no nos produce en un sólo acto sino en incansantes actos repetitivos. He ahí el motivo de nuestro malestar así como la explicación de por qué, según las tesis de Butler, todos los individuos asumimos una identidad de género inestable e incoherente, si bien, ciertamente, no todas las personas muestran la incoherencia de género en el mismo grado y con idéntica problematidad.

Desde el ángulo de la psique, y no sólo a partir de su teoría del discurso, el estudio de Butler nos conduce también a la apuntada incoherencia e inestabilidad de la identidad de género. En su obra *Mecanismos psíquicos del poder*¹⁷, investiga el modo en que la psique emerge, surge, a partir del trabajo de ese instrumento de poder que es el ámbito de las normas y significados socioculturales. Tampoco lo que llamamos “psique” está ahí desde el principio sino que se *hace*, se produce y asimismo se produce de un modo generizado, atravesada por los dictados de las normas de género. En el proceso de construcción del sujeto, el poder configurador de la subjetividad gira sobre sí, como si dijéramos. Esa flexión, esa vuelta hacia sí, inaugura la acción de reflexividad que produce la emergencia de esa esfera de la vida a la que denominamos “psique”.

Interesa en este momento, en todo caso, no tanto rastrear la compleja explicación butleriana de esa dimensión psíquica del poder cuanto apuntar cómo el yo psíquico es un yo generizado y cómo ese género psíquico se muestra incoherente y problemático. Butler recurre para este tema al análisis de Freud de la melancolía. La melancolía es una forma de mantener el vínculo con el objeto que se nos obliga a repudiar sin reconocer, sin ser conscientes de su pérdida. En el duelo, la pérdida se evidencia, se hace pública y se permite con ello que el objeto perdido sea llorado como vía para asumir la pérdida y poder continuar con la vida. Pero en la melancolía no se puede llorar la pérdida porque no es reconocida. El objeto amado, como resultado de no poder efectuarse el duelo, se incorpora melancólicamente al yo, habita en nuestro yo formando parte de él. La operación que de ello resulta es la de que el objeto, no habiéndose abandonado del todo, modifica su carácter: deja de ser externo y pasa a ser considerado como interno. El género precisamente es analizado mediante este mecanismo de incorpora-

¹⁷ J. Butler, *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*. Madrid: Cátedra-Universitat de Valencia-Instituto de la Mujer, 2001.

ción melancólica. Resulta que desde el inicio de nuestras vidas establecemos vínculos primarios, vínculos afectivos y emocionales con las otras personas que acompañan nuestra cotidianidad y estos individuos son de diferentes géneros, son nuestra madre, nuestro padre, nuestros hermanos y hermanas. Las normas de género, fundamentalmente el tabú del incesto y la prohibición de la homosexualidad, nos exigen adquirir el género *correcto* que nos corresponde, de acuerdo con la asignación de sexo que ha sido efectuada desde el comienzo y en función del primado de la heterosexualidad, a costa del repudio de parte de esos importantes vínculos primarios.

La niña debe identificarse con la madre y demás figuras femeninas del entorno para conformar su género femenino pero debe al mismo tiempo rechazar el deseo homoerótico del contacto con la madre para evitar tanto el tabú del incesto como la prohibición de la homosexualidad. Identificación y deseo han de organizarse de modo contrapuesto ya que la ley dicta que no se ha de desear a las personas del género con el que te identificas. A la vez, este proceso requiere que la niña excluya toda identificación con el padre u otras figuras masculinas y que oriente su deseo hacia los varones ajenos a la familia, hacia individuos masculinos, esto es, justamente hacia aquellas personas que bajo el rostro del padre ella tiene que aprender a repudiar. Por su parte, el niño tiene que adquirir su masculinidad desvinculándose de la madre, repudiándola como objeto de deseo. Tiene que desear precisamente a la mujer, a aquel ser del que se ha de convencer que nunca ha querido llegar a ser, con el que se le prohíbe toda identificación pero con el que, ciertamente, se ha identificado y en cuyo contacto ha experimentado un intenso y cálido placer.

Así que, antes que producirse una pérdida de esos vínculos y deseos se lleva a efecto una incorporación melancólica al yo psíquico. Nuestro yo se va formando, entonces, no de modo unívoco, estable y coherente, sino que se desarrolla integrando como parte suya constitutiva a esos otros yoes que la norma proclama que deben ser repudiados. El yo no es autónomo ni ajeno a los otros sino profunda e íntimamente vulnerable, dependiente, porque no hay yo sin los otros; los otros habitan en el yo. Y esos otros muestran diferentes géneros, femenino, masculino. Femenidad y masculinidad, heterosexualidad y homosexualidad son rasgos constitutivos del yo, de todo yo, aunque en grado e intensidad diferentes según el proceso de emergencia de cada yo singular; facetas de nuestro yo que en algún momento, imprevisto la mayor parte de las veces, consciente e intencionalmente en otras ocasiones, puede aflorar al espacio de lo visible y producir una subversión, individual pero también de alcance colectivo, de las normas de género.

En el ámbito de lo psíquico, como en la esfera de construcción discursiva del sujeto generizado, también el proceso de su configuración requiere de ese mecanismo de repetición y de repudio combinados del que resulta la incoherencia e inestabilidad del género. Mas, aunque, como se decía, esa no unicidad y fijeza del género es motivo de malestar y de ansiedad porque no logramos de una vez por todas y para siempre la fidelidad a las normas a pesar de nuestros incesantes esfuerzos; esa vulnerabilidad del género es así mismo, y por ello mismo, ocasión para la resignificación, para la transformación y modificación del efecto de la ley y del carácter inflexible de la ley misma. Esto significa, dicho de otro modo, que ni el lenguaje que nos da vida, reconocimiento, inteligibilidad, ni las normas de cuya aplicación emerge la psique nos atrapan y nos determinan por completo. El mecanismo de actuación del poder lingüístico y psíquico

no sólo es que nos configure como seres inestables y vulnerables, sometidos a la ley y a la vez esquivos a la ley, como por un error susceptible de ser reparado, es que el mecanismo mismo es inestable, poroso, abierto a diversidad de líneas de fuga, lo que pone claramente en evidencia el modelo de la performatividad. Las palabras no simplemente designan seres y objetos independientes del lenguaje, tampoco sólo comunican afectos, ideas; las palabras tienen efectos, producen, hacen lo que dicen, pero de acuerdo con un proceso temporal de citacionalidad e iterabilidad en el que los significados y las acciones de los términos devienen en su diseminación, en la fluidez del sentido y en la apertura hacia lo diferente, lo distinto, lo aún por llegar. Una categoría, “mujer” por ejemplo, nunca es una entidad que fije rígidamente el significado que contiene. Funciona porque deja un espacio para su propia resignificación, el espacio de esos otros sentidos y significados que la categoría para constituirse como tal ha rechazado como no pertinentes pero que al haber sido generados por ella misma forman parte de sí, en su borde, en su linde, estando activos para en cualquier momento desestabilizar, alborotar, integrándose lo excluido en el seno de la categoría.

Para defender la acción y la acción resistente y subversiva del individuo generalizado, según lo dicho, no es necesario en absoluto postular un sujeto o un yo ontológicamente constituido, libre, autónomo, con anterioridad al ejercicio del orden de lo sociocultural y lingüístico. Devenimos sujetos, somos construidos como sujetos pero no determinados y encadenados pasivamente a la ley porque el proceso discursivo y psíquico que nos produce tiene un doble rostro, coercitivo, impositivo y capacitador para la resistencia, para la libertad; libertad que ha de entenderse no como liberación de ese núcleo humano originario sino como potencia para la resignificación y transformación. Dominio y libertad pertenecen al orden del poder. No hay un exterior absoluto, un lugar donde no actúe y viva el poder. El trabajo feminista, tal y como Butler lo entiende, actúa de modo inmanente, desde dentro del poder, multiplicando y diversificando su ejercicio con el fin de minimizar, al menos, su efecto opresivo, mortífero e imposibilitador de la vida, de ciertos tipos de vida.

¿Para qué somos diferentes varones y mujeres?, es la tercera cuestión y la última cuya respuesta queda aún pendiente. Cabe decir a este respecto y en relación con la argumentación hasta aquí seguida que la finalidad, al menos una de las metas perseguidas, de esa construcción sociocultural, lingüística y psíquica de los individuos como mujeres y como hombres, y sólo como mujeres o como hombres, es la instauración y la perpetuación del privilegio de la heterosexualidad. La heterosexualidad como institución, como imposición, impregnada del valor de la ley natural y sobredeterminada con el atributo de ser el mandato divino, trabaja en beneficio de la reproducción de la vida humana y de la perpetuación de la estructura normativa de la sociedad, una estructura que separa a los humanos en dos grupos sexualmente diferenciados y jerárquicamente valorados, ambas cosas a la vez. De este modo, los seres categorizados, íntima y nuclearmente marcados por el sexo y la sexualidad, en sus cuerpos, en sus órganos más secretos, en sus mentes, parecen más sumisos y disciplinados, más fácilmente manejables.

Foucault en su *Historia de la sexualidad* fue muy contundente en su análisis de cómo a partir del diseño sociocultural de la sexualidad que dicta la norma heterosexual se organiza, como efecto, como consecuencia, el binarismo de los sexos. Foucault invierte la lógica tradicional que postula la prioridad y naturalidad de los dos sexos y, como su derivado, la naturalización de la relación heterosexual. Primero acontece, también

según los estudios de autoras feministas como Gayle Rubin¹⁸ y Monique Wittig, la elaboración sociocultural de la relación sexual, la determinación de sus prácticas y de sus reglas. Y, posteriormente, se decide que si la heterosexualidad es la relación legítima, la sana y natural es porque la naturaleza, o tal vez un dios, nos ha hecho como mujeres y como hombres. Engañosamente, con la finalidad de naturalizar la heterosexualidad y sobre el supuesto de que la existencia de dos sexos y sólo dos es tan inmediatamente evidente que no necesita de ulterior justificación, se invierte el proceso y el binarismo de los sexos se traslada del lugar del efecto a ocupar el sitio de la causa. En el diario de Herculine Barbin¹⁹, que Foucault prologa y edita, se ofrece un ejemplo muy ilustrativo de este movimiento de la sexualidad hacia el sexo. Es de otra época, del siglo XIX, quizá por ello el comportamiento de médicos y clérigos sea ahí tan directo y explícito. Ante una persona hermafrodita, como Herculine, determinan que su sexo verdadero, que ha de tener necesariamente y que ha de ser uno exclusivamente, es el de hombre con el argumento de que su objeto de deseo sexual es una mujer. La práctica sexual de Herculine es la que decide el signo de su sexo.

En la cultura occidental, además, la conceptualización de la dualidad de los sexos, siempre al servicio del establecimiento de una jerarquía, produce extensas consecuencias, más allá del campo de los sexos. La idea de que hay dos sexos por naturaleza, por parecer tan básica esta división en mujeres y hombres, al estar presente ampliamente y diseminada a lo largo de toda la estructura social, se utiliza de criterio de medida incuestionado para naturalizar la lógica de la jerarquización, permitiendo establecer y legitimar, también como naturales, otro tipo de divisiones jerarquizadoras: blancos frente a negros o personas de otras etnias, ciudadanos frente a extranjeros, metrópoli frente a colonia, civilizado frente a salvaje, amo frente a esclavo. Sin duda es excesivo afirmar que la diferencia sexual es la causa única explicativa de todo sistema de dominación. Pero sí es acertado defender que cada uno de los sistemas de subordinación sirve de soporte a sus compañeros.

A pesar de todo, a pesar del abundante y persistente conjunto de instituciones, discursos, normas afanadas con ahínco en la producción de individuos sometidos y ajustados exclusivamente a las dos categorías de género hegemónicas, Foucault, y Butler de un modo todavía más radical y contemporáneo, nos alientan en la defensa de la tesis de que el poder actúa de modo múltiple y en direcciones divergentes. Las normas de género alimentadas de su propio fracaso en el logro del excluyente binarismo de género son instrumento, no siempre pero sí en ocasiones sobresalientes, de contundente problematización del género. Las normas nos sujetan pero nos acogen y es desde ellas, en ellas, donde podemos hallar espacio para la transformación social. Es posible, y de hecho así sucede, un uso de las normas de género que altere con fuerza el binarismo de género y su consiguiente imposición de la heterosexualidad. Mas, cabría la pregunta de con qué fin deberíamos quebrar el binarismo de la norma, dado que no podemos sostener la acción en ese sujeto humanista que ha quedado rechazado por la teoría postestructuralista de Butler. La respuesta no es otra sino la lucha en favor de la posibilidad de vida, de una vida más libre, menos violenta, donde la incoherencia de

¹⁸ Cfr. G. Rubin. "El tráfico de mujeres: notas sobre la 'economía política' del sexo". M. Lamas (comp.), *El género: La construcción cultural de la diferencia sexual*. México: Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa-P.U.E.G., 1996, pp. 35-96.

¹⁹ M. Foucault (ed.). *Herculine Barbin, llamada Alexina B.*: Ed. Revolución, 1985.

género presente en todas las personas se comprenda y se acepte no como mal o como falta sino como riqueza existencial y como signo de íntima cercanía entre el yo y el otro o la otra. Urge una acción que dé respuesta en especial a aquellos individuos que han sido arrojados de las categorías privilegiadas, mujer, hombre, y, en definitiva, expulsados de la categoría misma de lo humano, más o menos drásticamente, en ocasiones mortalmente.

La dramática narración recogida en la película *Boys don't cry*, dirigida por Kimberly Peirce en 1999, por mencionar un caso difundido internacionalmente, nos pone ante la vista la imperiosa necesidad en las sociedades actuales del derrocamiento de la rigidez y carácter excluyente de las normas de género. Brandon Teena se identificaba como hombre. Su estética corporal, sus gestos, palabras y comportamientos eran aceptados como masculinos, sin problemas aparentes, entre sus recién conocidos amigos y compañeros. Sus placeres sexuales con una mujer no extrañaban tampoco. Sin embargo, el azar determinó el desvelamiento de que su cuerpo carecía de genitalidad masculina. Sus supuestos amigos reaccionaron con tal violencia que acabaron literalmente con su vida. Ellos, ante la vista de su cuerpo, no aceptaban a Brandon (Teena Brandon, según sus documentos oficiales) bajo la categoría que él había elegido para su autorreconocimiento y le exigían el cumplimiento estricto de las normas de género que imponen la coherencia entre sexo, género, deseo, sexualidad. Esas normas de género se hacían fuertes, opresivas y violentas en los amigos; la violencia de esos hombres estaba provocada por las normas mismas, no por alguna extraña patología que hubieran adquirido. No estaban dispuestos a que un individuo transgénero que según toda evidencia llevaba una vida satisfactoria, pusiera en cuestión esa ley de las normas, ley que ellos se empeñaban aparatosamente en acatar, que advierte que sólo el género coherente, como hombre o como mujer, te reconoce como humano y te permite vivir. En Brandon esas mismas normas fracasaban y se abrían a la resignificación, también, aunque de una forma menos explícita, en Lana, su amante enamorada, sobre quien la subversión de Brandon parecía tener un efecto contagioso.

Sobre esta cuestión, aquí ejemplificada con la historia de Brandon, lamentablemente una historia no tan aislada y excepcional como tenderíamos a creer, incide la teoría de Butler apuntando un camino, el del cuestionamiento del binarismo de las normas de género, propicio para la defensa de la vida en libertad.

Elvira Burgos
Dpto. de Filosofía
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Zaragoza
50009 Zaragoza
eburgos@unizar.es